

Elogio de la pereza¹ o sobre los Diarios de José Kozer

Denise León

**Universidad Nacional de Tucumán/CONICET
Tucumán - Argentina**

Introducción

En una columna publicada en *El país semanal* en julio de 2012, el escritor español Javier Cercas ensaya una encendida defensa del ocio y la pereza invocando las enseñanzas de los filósofos griegos y, por supuesto, el antecedente de Bertrand Russell. La columna parte de lo que Cercas califica como una “perplejidad pueril” y que sería, mas o menos, la siguiente: “desde el principio de los tiempos los sabios no han dejado de proclamar que el trabajo es el mal y el ocio es el bien, y sin embargo los seres humanos seguimos trabajando como bestias” (Cercas, 2012).

El autor entiende por trabajo una actividad desagradable a la que nos vemos obligados para ganarnos la vida. Todo lo demás, incluida la actividad de la escritura, sería ocio. Así, la primera obligación de cualquier sujeto que quiera tener una vida razonable, es rebelarse contra la admonición bíblica que implica ganarse el pan con el sudor de la frente. Afirma Cercas:

No hay deber que subestimemos tanto como el deber de ser felices, lo que explica la demonización del ocio: al fin y al cabo, a él le debemos nuestro bienestar, además de los mayores logros del ser humano y las mayores conquistas de las artes y las ciencias. Por supuesto, hay pobres gentes envenenadas por la propaganda que ya no saben vivir sin trabajar y consideran que el ocio es aburrido, a ellos sólo cabe compadecerlos (...) (2012).

Bajo un espíritu muy similar a la columna del español parecen haber sido escritos los textos que se reúnen bajo el título *Una huella destartalada. Diarios*, del poeta judeo cubano, José Kozer.

Descendiente de inmigrantes judíos de Polonia y Checoslovaquia, Kozer ha mantenido una línea de continuidad con la vida diaspórica de sus antepasados: la mayor parte de su obra, siempre en crecimiento, ha sido escrita en el exilio o tiene una conexión con él. Aunque nace en La Habana, el poeta se irá de allí a los veinte años para instalarse en Nueva York donde residirá por cincuenta años o más. Si bien ha realizado numerosos viajes y ha pasado temporadas en España, es en Estados Unidos donde el escritor hizo sus estudios universitarios y se desempeñó como docente de literatura latinoamericana, para instalarse definitivamente en Florida, que es donde reside actualmente.

En el prólogo de *Una huella destartalada*, Kozer anuncia que comenzó a escribir sus diarios en 1964 en Nueva York, con 24 años de edad y que, en el momento de publicación del material, tiene cincuenta y ocho años y continúa escribiéndolos; sin embargo el volumen compila un conjunto de textos escritos a lo largo de tres veranos que se corresponden con las tres secciones del volumen: “Largo e maestoso (del 28 de mayo al 21 de agosto, 1985) *En Alpedrete*”; “Staccato (del 30 de mayo al 3 de septiembre, 1995) *En Torrox*”; y “Ma non troppo (del 2 de junio al 31 de agosto de 1997) *En Torrox*”. A lo largo de las entradas, cuidadosamente seleccionadas por el autor, asistimos como lectores a la ficción autobiográfica de un hombre llamado José Kozer, de profesión poeta, acuciado siempre por la nostalgia, las necesidades económicas y la muerte. La escritura construye una vida para la ficción y dibuja una silueta autoral hecha de restos, recuerdos, creencias e imágenes que sostiene un espacio de reflexión y creación a partir de las posibilidades del ocio y las nimiedades de la quietud.

Observar. Duplicar. Realzar. Adentro: vivir de manera que no tenga en realidad nada que hacer. Ser nimio, vivir hacia lo nimio, rodeándolo, acariciándolo, madre de la verdadera existencia. Acercar los ojos a lo nimio, duplicarlo en la mirada, reconocerlo en su lealtad: no te miente, no te traiciona. Su casa

en la verdad; su verdad está en la casa: un mueble feo, una tranquila cesta de mimbre llena de frutas de cera percutidas, un camastro que cruje y se hunde, la grandeza de una olla desportillada. Todo lo nimio, que es exterior, se vuelve interior (Kozer, 2003:21-22).

En este tríptico que despliega ante los ojos del lector períodos de receso y descanso transcurridos en pueblos de España a lo largo de 12 años - años en los que la residencia y el lugar de trabajo del poeta se encontraban en la ciudad de Nueva York- el poeta ofrece un material singular lleno de objeciones al género del diario íntimo. Los textos reunidos funcionan como un ejercicio voluntario, como un divertimento personal que celebra el ocio actual frente a las labores del resto del año, como una confortable manía de escritura (no una pasión) y reúnen todos los vicios de la inautenticidad (son pura simulación).

Sabemos que nada acerca de lo íntimo (ni de lo poético) es comprobable. Ni su verdad, ni su mentira. *Una huella destartalada* sostiene, a su modo, lo que Alan Pauls en su ensayo “Las banderas del célibe” llama la inseguridad radical del diario íntimo, es decir, “la imposibilidad para el escritor de decidir si hay razón válida para escribir las ofrendas del día” (1996:266) y pone al género del lado del texto pleno, es decir de la literatura, de la poesía, donde las evidencias no cuentan. No sólo no se puede probar lo que se dice sino que tampoco se puede probar que valga la pena decirlo.

En este sentido, los lectores de diarios avanzan por las páginas suspendiendo el juicio o la incredulidad. Disfrutan o confían. Parte del encanto del género tiene que ver con que exhibe lo que hace un escritor cuando *no escribe*. “Se trata de escribir la vida sin escribir; es decir, contar cómo es la vida cuando no se escribe y cómo suena cuando se la escribe sin los lujos del escribir” (Pauls 1996, 268).

En este sentido, notamos cómo Kozer en sus diarios erige “su cuerpo, su oído víctima de la *tinnitus*, su esfínter obediente, sus

borborigmos forcejados, todo su cuerpo más sucio, como elemento medular en su acción creativa y de él ha escriturado lo trivial y ha descubierto lo trascendente” (Fernandez Fe, Gerardo, 2011).

Leamos:

No tenía mucho apetito esta mañana. Abluciones. Hago mis necesidades, corrijo. Cuba: ensuciar, corregir, magnífica relación entre exterior e interior; ensucias mundo, papel higiénico, el agua del inodoro. Te desembarazas hacia afuera de pestilencias, detritos, la residual turbulencia que todavía te vincula a los ajetreos, a los torbellinos del día anterior. Habiendo expulsado, has corregido el cuerpo interior. Las vísceras, los redaños están limpios, reordenados. El sobrante ya no retuerce, no distiendo con su exceso el organismo interior. Las vísceras ocupan de nuevo su verdadero espacio, regresan a su natural condición tranquila, operarias naturales. Están los redaños a punto para el holocausto, si viene la muerte recibes limpio por fuera y por dentro a Dios (2003: 26, 27).

En ensayos anteriores sobre la obra del poeta, he señalado cómo la palabra poética siempre se presenta como una materia que ha formado parte de sí mismo, del mismo modo que otros fluidos corporales. Su cuerpo secreta esta materia verbal, la expulsa, la expone de modo casi inevitable, como el rastro de baba que deja a su paso el caracol. Esta huella que el poeta deja (y que el lector reconstruye como puede) constituye al mismo tiempo su propia tela, su propio capullo que, tejido obsesivamente a lo largo de los años, deviene último reducto de una lucha desigual contra la muerte: “A los veinticuatro años la idea de mi desaparición me desgarraba, a los cincuenta y ocho me sigue desgarrando”(2003:11) afirma Kozler en el prólogo de *Una huella destartalada*; la diferencia consiste, según el poeta, en haber escrito durante toda su vida unos cuantos miles de poemas y páginas lo que le ha traído “una gran dosis de tranquilidad”.

Resulta inevitable aquí volver al ensayo de Pauls quien imagina al escritor de diarios como un coleccionista sin gusto que conserva a

ciegas la nada de su vida cotidiana guardándola para la posteridad, como un modo de luchar contra la desaparición de su cuerpo físico, ese cuerpo que sostiene las páginas del diario. A Kozer le sienta bien la imagen del coleccionista, obsesivo y meticuloso, que recoge los restos del día y los clasifica. Sin embargo, en su caso, el proceso no se hace a ciegas: se trata de un gesto consciente y voluntario, de una filosofía de lo nimio, de lo menor, del resto y de la huella. “Si todo diario tiene algo de depósito de desechos y su compulsión mantiene afinidades con procesos fisiológicos ligados a la digestión, la evacuación, la retención” (Pauls, 1996: 3) estos rasgos se exacerbaban en *Una huella destartada* - donde incluso los procesos escatológicos y la suciedad funcionan como un modo que tiene el cuerpo del escritor de dejar una marca de sus días y su paso sobre la tierra-.

Sobre la intimidad del ocio

Sabemos que eso que llamamos *intimidad* no ha existido desde siempre y para todos los hombres y las mujeres. Como señala José Luis Aranguren “la intimidad es una creación moderna que supone, a su vez, otro espacio que la envuelva: el de la vida privada” (1989:19). Así, el crítico entiende el concepto de *Vida privada* en el doble sentido que puede darse a este concepto: un sentido positivo que implica un replegarse de la vida sobre sí misma hasta dibujar un espacio propio, frente al innegable ámbito social y público; pero también un sentido negativo, como falta o privación respecto de lo público.

Profundamente vinculada con la vida privada, entonces, o probablemente “precondicionada” por ella, como sugiere Aranguren, surge la intimidad, ese nuevo repliegue de la persona sobre sí misma, relacionado con el pudor y con la creación de un “fuero interno”. La intimidad, puntualiza el crítico español, es sobre todo

“vida interior”, incluso teniendo en cuenta las huellas religiosas que implica esta expresión; es relación intrapersonal, reflexión sobre los propios sentimientos, conciencia moral y también autointerpretación y autonarración: “contarse a sí mismo la propia vida y la subjetividad, sintiéndolas como tales” (20).

Considero oportuno resaltar este matiz religioso o si se quiere “espiritual” del concepto de “vida interior” planteado por Aranguren para pensar el texto que nos ocupa en este ensayo. Al retomar los orígenes del concepto moderno de intimidad, muchos autores coinciden al señalar la figura de San Agustín como uno de los primeros en reflexionar en sus *Confesiones* sobre la temporalidad, la memoria, la identidad y la experiencia de Dios como interioridad. Esto implica pensar el núcleo mismo de la intimidad como una experiencia originalmente religiosa, mística.

A pesar de que en repetidas ocasiones se ha señalado a Kozler como un poeta de lo “impuro”, de lo “mestizo” e incluso de lo “sucio”, quien constantemente busca horadar y reinterpretar los límites de la tradición religiosa judaica y también los de los distintos lenguajes con los que trabaja, considero que tanto en su poesía como en sus declaraciones públicas y, por supuesto, en las páginas de sus diarios, es posible entrever una preocupación por algo que, carente de un nombre mejor, llamaré “la espiritualidad”. Esta “espiritualidad” a la que me refiero aparece siempre como un anhelo, como una búsqueda, como un objetivo a alcanzar que, en distintos momentos de su obra, el poeta va mencionando y reconociendo con distintos matices: es ausencia de movimiento (quietud) pero también un cierto estado de virtud, de santidad; es un desprendimiento paulatino del mundo exterior y sus lujos y también la escritura casi como una espera mesiánica que redime al poeta:

Toda mi existencia está invertida en las cosas cotidianas; toda mi existencia parece depender de la cotidianidad; si no palpo, no soy: hago mis cosas lentamente, desde una vertiginosa

desesperación interior que a veces me sale por todos los poros, quiebra a los espejos, asusta a mis amigos(...) Y mi gran sueño ¿cuál es? Una lenta frialdad apasionada, una quemazón que vuelva cenizas el fuego. Y quedarme quieto; éxtasis de una manzana y de un rayo de luz, sus motas, al entrar por la ventana comeré algún día y en un último instante de sus raudales (2003: 21).

Hace dos días que no me ducho, no soy nada ducho en estar sucio. Pero hace dos días que el gato no mete un pie en el agua; sólo por los ojos porque llueve. Sucio: centro de piedad, centro de santidad, búsqueda de la escritura. El poema depende de la piedad, su aura, y si sale redondo es porque sale de las manos de la santidad: aunque diga pestilencias escatológicas, hable de la belleza del mármol o cante con letras de basura la razón de la basura (22).

En una extensa entrevista con Jacobo Sefami, publicada por primera vez en 1996, cuando se le pregunta por sus afinidades con el neobarroco literario latinoamericano, el poeta afirma: “Yo no tengo un problema de lenguaje, tengo un problema religioso, metafísico, filosófico, ético. El lenguaje después de todo no es un en sí, es un instrumento; no es una autonomía, es un vehículo”. El lenguaje es, al mismo tiempo, una monstruosidad y una mano amiga que acude a sacarnos del pantano. “Es un amigo a quien le das el beso de la paz, el clásico beso religioso. Pero a un amigo con quien compartes el misterio, lo mayor, la verdadera dificultad, el desconocimiento absoluto. ¿Cuál es el desconocimiento absoluto? Yo me muero. Yo no sé”.

En esta misma entrevista donde se imagina a sí mismo como un monje frustrado, Kozer asevera que los planteamientos que lo convocan son los de Pascal, Kierkegaard, Unamuno, Spinoza y (a otro nivel) Tolstoi, y el más dolorosamente seguro, el de los místicos Jacob Böhme, Fray Pedro de Alcántara, Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena o de San Juan. Lecturas y personajes que vemos aparecer y desaparecer en sus poemas, a rastras con su dificultad religiosa, con su dificultad ante la muerte del cuerpo, sus

búsquedas y su dolor.

A este contacto asiduo con los místicos, se suman la influencia de la filosofía y la cultura orientales en la en la obra del poeta cubano. Los modos de pensamiento y las prácticas orientales aparecen como un modo de reposo y placidez frente a la severidad de la cosmovisión judeo cristiana, que le permiten acceder a otra realidad:

Siento en este momento que el monoteísmo judío y católico, que son dos fuentes reales en mi vida, son excesivamente severos. El dedo índice de Jehová es atroz: marca, conmina, obliga. Es una carga que requiere reposo. ¿Cómo reposo? Cuba es el reposo, la placidez, la brisa, la caída de la tarde, la tranquilidad. Pero Cuba se perdió. Encuentro otro modo de reposo, que es la cultura oriental, esa otra realidad del mundo. Los modos de pensamiento y las prácticas orientales me sirven como reposo, como interludio, como distensión, del dictamen y, casi me atrevería a decir, del ultimátum judaico. Lo judaico es ultimátum, lo judaico te dice “esto o nada”; lo católico es ultimátum: “o el cielo nuestro o ningún cielo”. Ante eso, está la otra cara de la moneda, la mayor tranquilidad de la revelación budista, más neutral, más impasible; no es “esto o aquello”, en última instancia es “esto y aquello”, o mejor “*ni esto ni aquello*” (Sefami, 1996: 191).

En esta jugosa entrevista que he citado *in extenso*, Sefami señala lúcidamente respecto al tercer libro de Kozer, *Este judío de números y letras* (1975) una cuestión que a mi modo de ver puede aplicarse a toda la obra del poeta cubano y que es la siguiente: los poemas combinan dos aspectos aparentemente contradictorios -ambos propios de la cosmovisión judía-: los números como representaciones de la divinidad (idea que proviene de la mística judía) y también los números que manejan los comerciantes, en su sentido más material. Ambas preocupaciones, la mística y la material, aparecen combinadas en la poesía y en los diarios de Kozer.

En las páginas de *Una huella destartada* asistimos al intento permanente de armonizar la capacidad del poeta en relación con la

vida cotidiana, ganar dinero, sobrevivir, etc., y su relación con lo más alto, la espiritualidad o lo superior. Incluso lo sintetiza en una fórmula breve: “Poemas, dinero: mis dos preocupaciones” (113):

Por lo general si trabajo en un cuaderno, suelo escribir poemas en directo sobre ese cuaderno, mas con estos últimos no ha sido así. Sé que en parte es porque quiero tratar de venderlos y emplear ese dinero para viajar (208).

(...) sólo veo dos hechos; uno, contar los pesos y los centavos; dos, hacer una vida interior. Ambas cosas, aunque no lo parezcan están relacionadas, pues la vida interior es un control de gastos y éstos, barrera viva de todos los días, ayudan a centrar en una vida interior (214).

2- Sobre la posteridad del ocio

En el ensayo de Pauls mencionado más arriba, se afirma que hay un “funcionalismo inexorable” en todo diario íntimo, esto quiere decir que resulta imposible escribir un diario sin hacer constar por qué, para qué, con qué esperanza se decide escribirlo. En el prólogo de *Una huella destartada*, Kozer imagina para sus diario, entre otras funciones, la posibilidad de recoger en esos cuadernos al menos “una decena de momentos de alta espiritualidad” (2003: 10) y que tal vez a través de la escritura pueda alcanzar su “cometido de ser un hombre bueno, según el legado que me dejó un viejo judío checoslovaco, rabino e hijo de rabinos, que fue mi abuelo” (11).

En general, “los diarios íntimos están fundado en el principio de la posteridad y proclaman sin disimulo la condición diferida de sus efectos, su carácter testamentario y de documento póstumo” (Pauls,1996:2). Podemos aseverar que su objetivo inmediato los lleva a registrar en detalle el fluir del transcurso cotidiano, pero se escriben bajo la idea de que adquirirán su verdadero valor en el futuro, cuando su autor, ya no esté allí para sostener físicamente “sus dramas triviales”(2). Como puntualiza Pauls, estos textos escritos bajo el imperio de la cotidianidad plantean una singular

paradoja: se conciben como atados al presente pero encuentran su justificación en el porvenir. El diario si bien ha sido pensado por muchos críticos como un género libre o desentendido de las formas, sin embargo está preso de la sucesión temporal. Texto “utópico por excelencia”(5), asienta sus esperanzas en el futuro:

Mis diarios tienen una función primaria: tranquilizarme. En segundo grado su función es dejar correr la pluma y a vuelabolígrafo ver que pasa: de ese proceso, cotidiano, han salido muchos de mis poemas. La tinta prolonga sus pequeñas huellas palmípedas, lenta, más lenta por supuesto que la cabeza (la mia, sin duda, con su tendencia a desbocarse) y marchosa, flat, very flat, como la tierra registra nimiedad (...)
Una tercera función de mis diarios, que considero verdadera, es dejarle a Guadalupe la imperceptibilidad de mi vida. Ella entiende. Ella me entiende. Yo la entiendo. Nosotros nos entendemos. Y aunque la conjugación sea incompleta, es bastante(...) (Kozler, 2003: 48).

De las distintas formas relacionadas con la escritura de la intimidad, o con lo que Foucault llamaba “la inquietud de sí”, es el diario íntimo uno de los géneros que más exacerba la paradoja del texto escrito bajo el imperio de la privacidad. En el diario se proyecta una relación de tipo confidencial entre el autor del diario y sus lectores. Esta relación, en ciertos casos voluntaria (el autor decide publicar sus diarios) y en ciertos casos no (alguien decide publicar los diarios sin el consentimiento explícito de su autor o a pesar de su explícita renuencia), implica que el ámbito de lo íntimo, de lo privado, queda expuesto ante los ojos del lector quien se transforma en una especie de *voyeur*. Lo íntimo, deja de serlo y se vuelve público.

Sabemos que lo social penetra no sólo la intimidad interpersonal sino en “la intimidad intrapersonal” según la describe Aranguren. El espejo de lo privado, siempre nos devuelve una imagen atravesada por lo público: ese escenario de la intimidad que el autor despliega supuestamente para sí mismo, siempre reproduce de alguna manera la escena del mundo. Por supuesto que podríamos sospechar que

hay algo del orden de lo fingido en esa intimidad que el escritor construye utilizando la más pública de las herramientas: el lenguaje. E incluso ingresar en el orden de lo policial si pensamos que quien elige escribir un diario, como un tipo especial de criminal, tiene el deseo o la voluntad de dejar pistas o huellas de sus recorridos, de construir una imagen de lo privado condicionada y atravesada por la esfera de lo público.

En este sentido, podría decirse que existen dos imágenes que impulsan al escritor de diarios: por un lado la ilusión social: sólo en el encuentro con un “otro” el diario y completará su sentido. La condición póstuma del género implica de algún modo garantizar su transmisión y su modo de supervivencia una vez huérfano en el mundo, inscribiéndose desde el comienzo en “la serie del derecho sucesorio”(Pauls, 132). Notamos que herencia, herederos y afines se establecen claramente a lo largo de las destartaladas páginas de Kozer:

La única manera de publicar algún día mi *Obra Completa* es en orden cronológico: un sólo libro extenso, que termina con mi último poema muriéndome (148).

En ella yaceré: mi cementerio es mi mujer Guadalupe (233).

Esta imagen de Guadalupe como albaceas y como musa reaparece continuamente en las páginas del diario. A los ojos del diarista, que ya no puede apartar la vista de las imágenes en las que hundió la realidad, la amada es una criatura incandescente, luminosa. Las páginas celebran la imagen de un compañerismo cotidiano e intensamente amoroso con capacidad para convertir cualquier nuevo domicilio en un hogar confortable y encantador.

Por otro lado, tenemos una segunda imagen: la ilusión y la necesidad de contarlo todo, de disolverse literalmente en los poemas, confundido entre los versos escritos y los que sueña escribir, entregando el cuerpo a un proceso de vaciado total,

entregando todo a cambio de nada. Porque si todo está escrito, como ha repetido el poeta tantas veces, entonces incluso en sus diarios sólo puede dedicarse a releer, al consuelo trágico de trabajar con el pasado, corregirlo, contradecirlo, añadirle o quitarle partes, inventarlo. Nada asegura que ese encarnizamiento vaya a modificarlo. Dejarse consumir por la poesía y el ocio, pareciera decirnos Kozler, no implica tanto la realización de una obra como su fracaso, su imposibilidad, o esa majestuosa pila de escombros que era ya su obra antes de comenzarla.

Un poema. Esta empresa extraña. Mil maniobras un día cualquiera para ver si sale un poema. Una vida dedicada a esperar. ¿Vendrá? ¿Vendrá de noche, querido Unamuno? ¿Vendrá, bodrio y lechuza? (¿Unamuno o el poema?) Both, both). Tranquilo Kozler, es un día cualquiera (2003: 39).

Daniel Link sostiene que el diario es un género mestizo, espurio, en el que asoman también otros modelos genéricos como el melodrama, que se mueve en el universo turbulento del amor y las pasiones del cuerpo y los secretos familiares; o la historia clínica, un relato que se mueve entre los límites de la salud y la enfermedad. En este sentido, Link concibe el diario también como un ejercicio de soberanía del sujeto que lucha a veces contra su propio cuerpo para mantenerlo vivo. Escuchemos a Kozler:

VERANO: RECTA FINAL. Los pequeños desastres del cuerpo, las enfermedades que no son graves ni mortales, resultan muy entretenidos: un coqueteo con el más allá, todo un trabajo cercano al heroísmo. Morirse, un gran trabajo.

(...)

QUIERO VIVIR. Hambres numerosas (103).

3. Conclusiones

Si, como nos recuerda Blanchot, al parecer el diario es un género despreocupado de las formas y “todo” le conviene: pensamientos,

sueños, ficciones, comentarios acerca de sí mismo, acontecimientos impactantes o menores; en el caso de Kozer, la escritura de los diarios parece funcionar como un movimiento más en el gran gesto de su poesía: borrar los límites entre vida y obra, capturar en el roce con el lenguaje la vida que está dejando de ser. La voluntad de autofiguración del poeta, su deseo de imponerse a través de lo escrito no impide que el hábito (¿obsesión, descontrol, manía?) de anotar algo en cada jornada sea al mismo tiempo una aproximación sin patetismo ni volteretas estéticas al paso del tiempo o lo poco de la vida, porque las palabras que lo atraviesan son al mismo tiempo de nadie y de cualquiera.

Por más que consideremos los diarios como una forma posible la escritura íntima, sabemos que el fantasma del lector siempre asoma por detrás del hombro del diarista. En este sentido podemos pensar el diario, entonces, como otra máscara, como otra piel, quizá más sincera, quizá menos tocada por la obligación de la palabra justa, perfecta; pero máscara, al fin y al cabo, un ejercicio de escritura que complementa otros fragmentos de la obra. O mejor como un espejo que devuelve la imagen de quien lo convoca.

© Denise León

.

Notas

Repito aquí el título que el escritor español Javier Cercas, siguiendo a Bertrand Russell, eligiera para la columna que inspiró este ensayo sobre la poética kozeriana.

Bibliografía

Aranguren, José Luis. "El ámbito de la intimidad", en Castilla del Pino, Carlos (Ed.), *De la intimidad*, Madrid: Editorial Crítica. 1989. 17-24.

Cercas, Javier.

<http://icvdecreixement.blogspot.com.ar/2012/07/javier-cercas-la-solucio-latur-es.html>

Fernandez Fe, Gerardo.

<http://www.inactual.com/2011/11/jose-el-impuro-gerardo-fernandez-fe.html>

Kozer, José. *Este judío de números y letras*, Tenerife: Nuestro Arte. 1974.

Kozer, José. *Una huella destartalada. Diarios*, México: Editorial Aldus. 2003

Link, Daniel. "Enfermedad y cultura: política del monstruo", en Bongers, Wolfgang y Olbrich, Tanja (Comps.) *Literatura, cultura, enfermedad*, Buenos Aires: Editorial Paidós. 2006. 249-265.

Pauls, Alan. "Las banderas del célibe" en *Cómo se escribe el diario íntimo*, Buenos Aires: Editorial El Ateneo. 1996. 1-13.

Sefami, Jacobo. *De la imaginación poética, conversaciones con Gonzalo Rojas, Olga Orozco, Álvaro Mutis y José Kozer*. Caracas: Monte Avila Editores. 1996.